

su ciencia profunda y su eminente virtud. Por último, habiendo regresado de su destierro Eusebio de Samosata, dió obispos á diferentes iglesias de Siria, y entre otros Acacio fué elegido para la de Berea en la primera Siria, al oriente de Antioquía. Esto debió suceder hacia el año 379, pues san Eusebio murió el 380. Teodoreto tributa grandes alabanzas á Acacio, llamándole varón admirable y de una gran reputación. Dice que no sólo se distinguió en la vida religiosa, sino que conservó sus prácticas durante los cincuenta y ocho años que ejerció el oficio de vigilantísimo pastor. Le llama también atleta de la virtud, cuyos méritos se publicaban por todas partes, y le dá otros títulos que indican el gran concepto en que se le tenía. Sozomeno y otros muchos hablan también de él con mucho encomio, y nosotros quisiéramos al mismo tiempo tributarle mayores elogios; pero oscureció su gloria con la conducta que observó con san Juan Crisóstomo, haciéndose instrumento de la pasión de Teófilo de Alejandria contra el Santo, y siendo despues de éste el caudillo de sus perseguidores. Esto nos impide consagrarle un capítulo especial, y colocarle al lado de otros santos, como le hubieran merecido sus virtudes, si no las eclipsase esta falta.

SAN ABRAHAM, SOLITARIO Y OBISPO DE CANES ¹

La historia de san Abraham, de quién hablamos aquí, tiene alguna semejanza con la de san Abraham, sacerdote y amigo de san Efrén, de que ya hemos tratado; pero son

¹ Teodoreto, los Bolandistas, Vit, PP.

tan diferentes las circunstancias, que se hace preciso distinguirlos. Teodoreto, que lo coloca entre los santos solitarios que más se distinguieron por sus edificantes virtudes, dice que fué un fruto producido por la ciudad de Ciro, en donde nació, y fué educado y enriquecido con los tesoros celestiales de la soledad. En efecto, se consagró al laborioso ejercicio de la mortificación religiosa con un fervor extraordinario; pero sus prolongados ayunos, sus vigiliass y el hábito de estar siempre de pié, le debilitaron hasta el punto de impedirle andar. Dios, que queria hacerle pasar por estas primeras pruebas, para que se fortaleciese en una paciencia superior á todos los trabajos que le preparaba, le devolvió la salud, y Abraham, penetrado de reconocimiento por este favor, que le ponía en disposición de ejercitar su celo por la gloria divina y su amor por los sufrimientos, creyó que no podía manifestárselo de otra manera mejor que consagrándose á los trabajos. Con esta intención, y sabiendo que habia en el monte Líbano una aldea, en que reinaban la impiedad y el culto de los ídolos, ocultó con alguno de sus compañeros su cualidad de monje visitándose de mercaderes, y fingiendo ir á comprar nueces, que era el principal comercio del pais.

Alquiló una casa, como si quisiese establecer allí su negocio; pero despues de haber guardado silencio durante tres ó cuatro dias, se le oyó cantar, aunque en voz baja el oficio divino, lo cual bastó para que los idólatras se previniesen contra él. A voz de pregonero fué congregado todo el pueblo, y hombres, mujeres, niños y ancianos cercaron la casa, y abriendo un agujero en la techumbre, empezaron á echar tierra, con el fin de ahogarle con sus compañeros.

Léjos de ofenderse por tan malos tratamientos, continuaron alabando á Dios, y su paciencia no pudo ménos de causar admiración á los más ancianos de entre los idóla-

tras, que empezaron á compadecerse, é impidieron que los demás siguiesen molestando á los santos varones. Abrieronles, pues, las puertas, pero les mandaron que saliesen del lugar. Entre tanto llegaron los comisionados encargados de cobrar los impuestos, los cuales apalearon á algunos de los habitantes, é hirieron á otros. Con este motivo practicó Abraham un acto de caridad cristiana, que fué para los idólatras un nuevo motivo de admiración: pues, olvidando las injurias que de ellos habia recibido, solicitó de los comisionados que no usasen de tanto rigor, y se ofreció á pagar en pocos dias cien piezas de oro que exigian. Esta generosidad acabó de ganar sus corazones, y como hasta entónces no habian tenido ningún superior, quisieron que él fuese el primero; pero Abraham les hizo comprender que sólomente habia venido en busca de su salvación, y pidiendo á algunas personas conocidas de Edesa el dinero que habia prometido, lo entregó á los comisionados, y en reconocimiento sólomente pidió á los habitantes de la aldea que edificasen una iglesia. Sus corazones fueron tan movidos por la divina gracia, que ofrecieron construirla inmediatamente en el lugar que escogiese. Señaló, pues, el que le pareció más adecuado para sus piadosos designios, y el edificio quedó terminado en poco tiempo.

Habiendo Abraham conseguido el fin que se proponia, y viendo á este pueblo en tan buenas disposiciones, les propuso que se pidiese un sacerdote para que fuese su pastor y sirviese la nueva iglesia; pero todos unánimemente manifestaron que no querian más que á él, y en su consecuencia recibió el órden sacerdotal.

Durante tres años cumplió con ellos todos los deberes que podian prometerse de su caridad, y viéndolos ya suficientemente instruidos y firmes en la fé, dejó á uno de sus compañeros el cuidado de la nueva grey, miéntras que

él se retiró al monasterio. Pero la santidad de sus costumbres y el celo por la gloria de Dios de que habia dado tantas pruebas, le hicieron digno del episcopado, y de que se le confiara la diócesis de Carres. Se necesitaban toda su paciencia y su esforzado ánimo para gobernar esta iglesia: pues dice Teodoreto que esta ciudad se hallaba enteramente sumida en la impiedad, y que sus habitantes estaban adheridos á las supersticiones idolátricas con tanta pasión, que rayaba en furor. Así es que tuvo que vencer muchos obstáculos, y sufrir muchos trabajos; pero al fin, Dios bendijo sus desvelos con tanta misericordia, que este campo erizado de espinas y abrojos, como dice el mismo historiador, fué cultivado por este infatigable obrero, y la semilla celestial en él arrojada produjo una mies muy abundante.

Lo admirable en este santo obispo es que, léjos de servirle sus trabajos de pretexto para disminuir las austeridades que ántes practicaba, las aumentó considerablemente: pues asegura Teodoreto que durante todo el tiempo que fué obispo, nunca comió pan, ni bebió agua, siendo siempre su alimento frutos en el otoño, y escarolas, peregil ú otras legumbres análogas en otras estaciones, las cuales comia una vez al dia despues de la hora de Vísperas. Jamás se encendió lumbre para él; no tenia lecho, casi toda la noche la pasaba en vigilia y rezando cuarenta salmos que interpolaba con noventa oraciones. Despues sentado en su sillón dormia un corto espacio de tiempo.

Tan duro como era para consigo mismo, era caritativo para con los demás. Aún cuando sus austeridades le debilitaban mucho, no las disminuia por los cuidados que el servicio del prójimo le proporcionaba. Recibia con una caridad que pudiera llamarse santamente pródiga á todos los peregrinos, á imitación del santo Patriarca cuyo nombre llevaba; pues este santo hombre que no tenia lecho,

ni lumbre, ni pan ni vino para sí mismo, les proporcionaba buenas camas, les asistía á la mesa, les daba buen pan, excelente vino, pescados, legumbres y todo lo que podía proporcionarse para tratarlos bien.

Pasaba con frecuencia dias enteros dando audiencia á su pueblo, conciliando los ánimos, exhortando á unos á que cediesen, cuando lo exigian la razón y el derecho, y valiéndose de la autoridad inherente á su elevada posición, cuando no bastaban la dulzura y la afabilidad para apaciguar los espíritus obstinados en injustas pretensiones. Nunca permitía que se vejase á los débiles, y se constituía en su defensor contra los que querian oprimirles.

Tantas virtudes, tanta caridad, tanta solicitud, tanta santidad, en una palabra, le conciliaron de tal manera el afecto de su pueblo, y le dieron tanto ascendiente en el corazón de todos, que no habia quién no escuchase con la más respetuosa atención, y ejecutase con gozo sus consejos y mandatos. Su fama se extendió por todas partes, y hasta el mismo emperador quiso verle. Lo era á la sazón Teodosio el jóven, y cuando tuvo al Santo en su presencia, le abrazó con especialísimo afecto, y manifestó más estimación al pobre hábito del prelado que á su purpura imperial. Las princesas, por su parte, no le manifestaron ménos veneración, pues besaron sus manos, abrazaron sus rodillas, y se encomendaron á sus oraciones.

El Santo murió en este viaje, y cuando lo supo el emperador, ordenó que se le depositase en una iglesia, hasta que fuese trasladado á su diócesis, y quiso asistir juntamente con las princesas al convite fúnebre. También asistieron los magistrados y oficiales del imperio. En Antioquía se le recibió con una devoción, que demostraba la estima en que habia sido tenida su santidad. Con grande pompa se le condujo hasta el Eúfrates, en que los habitantes de las ciudades y campiñas se hallaban esperando para parti-

cipar de las bendiciones que esperaban recibir. Fué preciso que le escoltasen lictores, para evitar que arrebatasen sus hábitos, y al llegar á su silla episcopal, se oían por todas parte cánticos de alabanza mezclados con lágrimas, con que atestiguaban los fieles su dolor por la pérdida de su pastor, de su defensor y de su padre.

ALEJANDRO, MONJE Y PATRIARCA DE ANTIOQUIA ¹

Alejandro fué primeramente monje, y despues patriarca de Antioquía. Poco tenemos que decir de él como monje; pero en el episcopado se distinguió por dos pruebas de celo que le honran mucho, así como también á la educación que recibió en el clautro. Hablando Teodoreto de su vida monástica y de sus talentos, dice que vivió mucho tiempo en el monasterio, ejercitándose en la práctica de todas las virtudes de su estado y combatiendo, cual esforzado atleta, sus pasiones con la austeridad de su vida. Profesaba el más soberano desprecio á las riquezas de este mundo, y la pobreza religiosa constituía su más preciado tesoro. Dios le habia dado una elocuencia tan persuasiva, que no era posible resistir á ella; pero lo que la hacía aún más victoriosa es que confirmaba con el ejemplo de su vida las instrucciones que daba á los demás. Añade, por ultimo, que tenia otras muchas cualidades que lo hacian muy recomendable.

Su elevación á la cátedra de Antioquía hizo que brillasen

¹ S. Cirilo, Teodoreto, Baronio.

sus talentos, y dice san Cirilo de Alejandría que tenia una gran libertad para decir todo lo que debia decir. Teodoreto, por otro parte, le llama el divino Alejandro, y hablando de él en la vida de san Zenón solitario, dice, que, habiendo caido enfermo este Santo, y no habiendo concluido de repartir todos sus bienes, encomendó su distribución al obispo, que era á la sazón, el grande y admirable Alejandro, gloria de la religión, modelo de la más perfecta virtud y viva imágen de la piedad cristiana.

Pero es preciso hablar de dos acciones admirables que practicó durante su episcopado, y que le merecieron los más grandes elogios. Fué la primera la unión de los eustaquianos á su iglesia, y la segunda la unión de su iglesia á la romana, lo cual produjo muy excelentes resultados en todo el Oriente. Hacía noventa y cinco años que la iglesia de Antioquía se hallaba dividida por el cisma de los eustaquianos, que, si bién eran católicos en sus creencias, no querian, sin embargo, comunicar con los católicos. Fué ocasión de este cisma el que, habiendo siendo elegido obispo de Antioquía san Eustaquio en tiempo de las turbulencias de los arianos bajo el emperador Constantino, estos herejes consiguieron deponer al Santo, valiéndose de sus acostumbradas imposturas. Murió en el destierro, y fué sepultado en Trajanópolis, en la Tracia. Despues de su muerte consiguieron los arianos que ocupasen esta silla obispos pertenecientes á su partido, y durante este tiempo los católicos, á quienes los herejes llamaban eustaquianos, tenian sus asambleas aparte.

Habiendo venido, por último, Constantino á Antioquía en el año 360, se celebró un concilio, en el cual, ántes de tratar cosa alguna relativa al dogma, se dió principio por la provisión de esta cátedra, que habia dejado Eudoxio, obispo ariano, para subir á la de Constantinopla. Fué elegido Melecio, ántes obispo de Sebaste, personaje de un nacimiento

ilustre, de costumbres irreprehensibles, sincero, tèmeroso de Dios, y de un carácter en extremo afable. Los arianos creian que pertenecia á su secta, y se jactaban de contar con toda la iglesia de Antioquía, sin exceptuar á los eustaquianos; pero los obispos católicos que le conocian mejor, consintieron en su elección, que se convino de común acuerdo.

Melecio se declaró ortodoxo en el primer discurso que pronunció al empezar á ejercer sus funciones, lo que le atrajo las simpatías de su pueblo; miéntras que los arianos llenos de indignación, consiguieron desterrarlo á Melitena, en Armenia, que era su patria. Aprovechó tan bién el poco tiempo que estuvo en Antioquía, que desterró el error de su iglesia, y quebrantando á los incorregibles, hizo que los fieles permanecieran inquebrantables en su profesión.

Los arianos colocaron en su lugar á un discípulo de Ario llamado Euzoio, é inmediatamente se separaron de él los católicos del partido de Melecio, que celebraron sus asambleas en la iglesia de los Apóstoles, llamada la Palea. Quisieron unirse á los eustaquianos, que despues de la deposición de san Eustaquio habian comunicado con los arianos, pero estos rehusaron esta unión, pretextando que san Melecio habia sido elegido por los arianos. Así es que la iglesia de Antioquía se hallaba dividida en tres partidos; el de los católicos eustaquianos, el de los católicos melecianos y el de los arianos adictos á Euzoio.

El cisma entre los católicos se agravó por una imprudencia de Lucifero, obispo de Cagliari, que, habiendo venido á Antioquía á reunir á los dos partidos dándoles un obispo, consagró á Paulino que figuraba á la cabeza de los Eustaquianos, así es que no hizo más que ahondar la división. Paulino tuvo por sucesor á Evagrio en el gobierno de su grey, y san Melecio á Flaviano, quién procuró que no se diese sucesor á Evagrio para el gobierno de los eustaquianos; pero estos no dejaban de celebrar sus asambleas aparte,

lo cual duró hasta que Alejandro ocupó la silla de Antioquía. Después de emplear inútilmente este prelado las súplicas y exhortaciones para reunir á los dos partidos, se dirigió un día acompañado de su clero y de gran número de seglares al lugar en que los eustaquianos celebraban sus asambleas, y con ellos continuó el canto de las alabanzas divinas. Este acto de prudencia produjo tanta impresión en sus corazones, que todos se unieron á él, y le siguieron á la gran iglesia, de la cual habían sido arrojados los arianos. Alejandro celebró este acto de conciliación con inaudita solemnidad, y lo cimentó sobre un acto de prudencia y de caridad, que le ganó los corazones de los eustaquianos: pues admitió en su clero á todos los que habían sido ordenados por Paulino y por Evagrio, conserván-les el rango que ocupaban.

No fué éste solo el bien que produjo esta acción: pues además de haber llevado á cabo una obra, en la cual habían trabajado con el mayor esfuerzo, aunque inútilmente, los papas, los más ilustres obispos y los emperadores, hizo que triunfasen los católicos sobre los judíos y arianos que quedaban en Antioquía.

Otro negocio no ménos importante y que era ocasión de grandes turbulencias y escándalos, llevó á feliz término con su moderación y piedad. Muchos obispos que habían perseguido á san Juan Crisóstomo, ó que abrigaban prevenciones contra él, se obstinaron en no poner el nombre del santo doctor en los sagrados dípticos, es decir, en el registro de las personas que morían en la comunión de la Iglesia, y en el que los obispos ocupaban un lugar distinguido. Alejandro fué el primero que tuvo el honor de poner el nombre de este santo doctor, y dió ejemplo á todas las iglesias de Oriente. De esta manera unió su iglesia á la romana, que no quería admitir en su comunión á los obispos orientales enemigos de la me-

moria del Santo que más había defendido sus intereses.

Ya sea que Alejandro conociese las intenciones del papa san Inocencio, que no quería recibir en su comunión á ninguno de los obispos adversarios de san Juan Crisóstomo, sino á condición de que tributasen á este Santo el honor que le correspondía, ya sea que ejecutase un mandato expreso del Papa, como cree Baronio, ello es que envió una legación solemne á este santo Pontífice: que sus diputados fueron recibidos en Roma con bondad paternal y grande gozo, y que con esta reunión abrió san Inocencio el camino á la paz universal, manifestando que con el mismo gozo admitiría á los que cumpliesen las condiciones de que Alejandro había dado ejemplo.

No se contentó este prelado con darse á sí mismo la paz, pidiendo la comunión á la primera Silla, después de haberla dado á su pueblo, extinguiendo el cisma que lo dividía, sino que demostró un celo ardiente por honrar la memoria de san Juan Crisóstomo. Para ello escribió al emperador y á los obispos exhortándoles á inscribir su nombre en los dípticos, como él lo había hecho. Hizo también un viaje á Constantinopla, en donde habló con admirable firmeza: puso especial cuidado en sostener la comunión con el papa Inocencio, y tuvo el honor de recibir una carta de este Pontífice, en la cual resolvía algunas dificultades que le había propuesto. Murió después de haber gobernado durante cuatro años su iglesia, y según otros, durante cinco. Pero este corto episcopado, según Tillemont, fué más provechoso que otros muy largos. Es de creer que su muerte acaeció antes del año 416, pero se ignora la edad que tenía.

Podríamos hablar también de algunos otros obispos de Antioquía que salieron del monasterio para el gobierno de esta Iglesia, tales como Domno, Majencio y otros; pero lo que podríamos decir se refiere más á la historia

eclesiástica que á la monástica, sobre todo en este tiempo en que las herejías de Nestorio y de Eutiques causaron tantos desórdenes en el Oriente, y obligaron á los religiosos elevados á la dignidad episcopal á consagrarse á la defensa de la fé ortodoxa. Así es que los historiadores se han dedicado á exponer sus virtudes episcopales, sin ocuparse de las que practicaron en su anterior estado.

En la vida del grande san Eutimio hemos dicho alguna cosa de Domno, que sucedió á Juan, su tío, en la silla de Antioquía. Máximo que le sucedió, habia sido abad de un monasterio. San Cirilo habla con mucho encomio de su piedad y de su celo por la fé. Él fué quien movió á este santo Doctor á escribir su explicación del símbolo, para impedir que los fieles se dejasen sosprender por los erróneos principios de Teodoreto Mopsuesteno. El mismo Santo menciona algunos abades que debian pertenecer á la diócesis de Antioquía, á los cuales dedica su obra; pero nada de particular sabemos acerca de ellos.

SAN TEOFANO Y SANTA PANSEMNA,
SAN RABULO, SAN JACOBO, SAN SIMEON SALUS
Y SANTO TOMAS DE APAMEA ¹

Hablamos de estos excelentes solitarios en un solo capítulo, porque los historiadores no nos han trasmitido memorias suficientemente amplias para formar muchos. San Teofano, de quien hacen memoria los Menologios griegos el 10 de junio, debió haber vivido en el siglo

¹ Procopio, Evagrio, Vita PP. los Bolandistas, Bulteau.

quinto, como opina Bulteau. Nació en Antioquía de padres idólatras, que le educaron en sus supersticiones, y le casaron á la edad de dieciocho años. Tres años despues perdió á su esposa, y se aprovechó de su libertad para hacerse cristiano, y al poco tiempo edificó una estrecha celda en las inmediaciones de la ciudad, en donde se consagró enteramente á los ejercicios de la vida solitaria, y á adquirir la perfección.

Los progresos que hizo en el estudio de las verdades de la religión le inflamaron de un celo tan ardiente por la gloria de Dios y por la salvación de las almas, que habiendo sabido que una mujer de Antioquía, llamada Pansemna, vivia en grande desorden, y era motivo de caida para muchas personas, formó el designio de convertirla. Aún cuando sus intenciones eran muy buenas, debía desconfiar de sí mismo, por cuanto tenia que salir de su retiro para realizarlas; así es que oró muy fervorosamente para asegurarse de la voluntad divina, y el feliz éxito que obtuvo demuestra que habia obrado por movimiento de la divina gracia.

Salió, pues, de su celda, y se dirigió á la casa de su padre para vestirse lujosamente y tomar una suma considerable, sin decir á nadie el motivo de su conducta. En seguida pasó á la casa de Pansemna, quien, al verle, creyó que venia á aumentar el número de sus adoradores. Mientras que ella abrigaba tan insensatos pensamientos, Teofano le preguntó cuanto tiempo hacía que llevaba aquella vida licenciosa. «Hace doce años, respondió ella, y en verdad os dijo, que entre todos los hombres á quienes he conocido no hay uno por quien mi corazón haya sentido tanto atractivo como por vos. Está muy bien, respondió Teofano; pero para que entremos en relaciones, es preciso que sean muy honestas,» y al mismo tiempo le enseñó el dinero que llevaba, como una prueba de sus buenas intenciones.